

## CARLOS GRAEF FERNANDEZ

*Juan Manuel Lozano*

Carlos Graef Fernández pertenece a la generación que nace al comienzo de la Revolución Mexicana. Nació en Guanavecí, Durango, el 25 de febrero de 1911 y murió en México, D.F., el 13 de enero de 1988. Sus padres fueron el ingeniero de minas Carlos Graef Ziehl y Gudelia Fernández Espinoza. Estudió primero en el Colegio Alemán de México; pasó dos años, 1929 y 1930, en la Escuela Técnica Superior de Darmstadt en Alemania y luego regresó a México donde ingresó a la Escuela Nacional de Ingenieros en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1931. En 1937 obtuvo la beca Guggenheim para realizar estudios en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, en donde alcanzó el doctorado en física en 1940 con una tesis acerca de las órbitas periódicas en la radiación cósmica primaria que le propuso el notable físico mexicano Manuel Sandoval Vallarta, que a la sazón era profesor en dicho Instituto. Después de pasar un tiempo en la Universidad de Harvard en donde trabajó en problemas relacionados con astronomía, relatividad general y la teoría de la gravitación de Birkhoff, regresó a México en donde fue subdirector del Observatorio Astrofísico de Tonanzitla de 1943 a 1944, director del Instituto de Física de la UNAM de 1945 a 1957, director de la Facultad de Ciencias de 1957 a 1959, fundador y primer presidente de la Sociedad Mexicana de Física de 1951 a 1964. Además fue consejero científico de la Comisión Nacional de Energía Nuclear, gobernador por México del Organismo Internacional de la Energía Atómica, director del Centro Nuclear, presidente del Seminario de Cultura Mexicana y detentor de varios otros importantes cargos.

Graef tuvo una larga carrera como profesor. Impartió cátedra en la Universidad de Harvard, en la Facultad de Ciencias, de la que fue Maestro Emérito, en la Universidad Autónoma Metropolitana, pronunció innumerables conferencias en México y en el

**MATHESIS** 4(1988), 309-310

extranjero. Recibió el Premio Nacional de Ciencias, el Premio Universidad Nacional y otros reconocimientos a su destacada labor científica.

Por todo lo anterior, que no es sino una brevísima semblanza biográfica, no refleja más que en mínima parte la riqueza de la personalidad de Graef. Es imposible abarcar y expresar en palabras todas las facetas de un hombre como Graef; destacado deportista en su juventud, sumamente inteligente y culto, tenía, como alguna vez dijo Alberto Barajas, su gran amigo de siempre, el don de convertir pensamientos claros en palabras claras, fáciles de escuchar y entender.

Para los que tuvimos la fortuna de tomar cursos con Graef y de escucharlo muchas veces en conferencias, siempre fue una experiencia importante. Ciertamente Graef podía transmitirnos información, y lo hacía, pero lo que realmente caracterizaba sus clases y sus conferencias era la inspiración, el entusiasmo, una alegría vital que nos hacía descubrir en el estudio de la ciencia. Con Graef se trataba no sólo de aprender, no sólo de entender la física y las matemáticas, sino principalmente de contagiarse de entusiasmo por la ciencia.

Oír hablar a Graef, y en especial si el tema era de matemáticas o de física, hacía que se adquiriera de inmediato un interés por la actividad científica, nos hacía descubrir que dedicarse a la física y a las matemáticas nos ayudaba a tener una vida más plena, nos hacía ver que la ciencia es fascinante y enormemente atractiva. De las clases de Graef salía uno enamorado de la ciencia.

Graef no solo era un hombre de ciencia, era además un artista de la cátedra que contribuyó a que muchas generaciones de estudiantes descubrieran que las matemáticas son la más bella de las artes, que la ciencia es una actividad viva y emocionante, que dedicarse a la actividad científica es vivir una aventura intelectual de la que uno sale enriquecido espiritualmente.

Por eso puede decirse que aunque Graef haya muerto biológicamente, sigue vivo en sus antiguos alumnos, y no sólo en el recuerdo, sino en un estilo de apreciar la ciencia y las matemáticas, en una formación intelectual y humana que en parte adquirimos en sus clases, en sus conferencias y en sus conversaciones, en el entusiasmo que logró contagiar a muchos de nosotros para que lo transmitamos a las nuevas generaciones de hombres de ciencias.